

4/30/15

LA PROMESA

Faltaba una semana para Nochebuena y Anabel volvió a pasar por delante de la zapatería, llevaba más de un mes visitando casi a diario ese escaparate, justo desde que pusieron en el esos zapatos rojos que tanto le gustaban.

Anabel tenía 13 años, era una niña muy buena y estudiosa, su padre había muerto hacía ya casi un año y su madre aún no lo había superado.

Ella y su padre habían hablado varias veces de lo que le gustarían unos zapatos rojos con un poquito de tacón para su 13 cumpleaños, pero su padre se fue sin poder comprárselos.

Anabel no quería preocupar a su madre con caprichos y no se atrevió a decirle nada, a pesar de que le gustaban mucho esos zapatos.

-No puedo decírselo a mamá, pensaba cada día, ni decirle que papá me los había prometido, pues su recuerdo le haría aún más daño.

Su madre no quería celebrar las fiestas de navidad, esas fechas le recordaban mucho a su marido y ni siquiera quería hablar de ellas. Anabel intentaba comprenderlo, pero le resultaba muy difícil ya que ella y su padre adoraban la navidad.

Los abuelos solían venir la víspera de Nochebuena y quedarse hasta después de Reyes, ya que vivían en otra provincia y solo se veían en ocasiones especiales como estas.

Este año más que nunca debemos estar todos juntos y celebrar las fiestas como siempre, así lo hubiese querido tu padre, le dijo su abuela.

Pasó la Nochebuena, más triste que alegre, llegó navidad y fin de año. En la víspera de Reyes fueron a ver la cabalgata de los Reyes Magos, todo estaba iluminado, tan bonito, la gente en estas fechas está más feliz, agradable, solidaria y a la vez, más nostálgica y un poquito triste por los que no están.

A los niños se les iluminaba la cara de felicidad al ver pasar los Reyes y Anabel pensaba en lo feliz que era ella en este día cuando de pequeña su padre la subía sobre sus hombros para que los viera bien, y en lo nerviosa que se ponía esa noche esperando a la mañana siguiente, lastima pensó, esa ilusión se pierde con los años y es una de las cosas más bonitas de la vida. Se le cayó una lágrima pensando en su padre y en lo que le echaba de menos.

Se fueron a acostar y Anabel sintió un ruido que venía del salón. Bajó las escaleras y vio a su abuela colocando unos regalos junto al árbol.

¿Qué haces levantada?, aún no es de día.

-Sentí un ruido y pensé...

-¿Pensaste que eran los Reyes Magos? Pues no, solo soy yo. Vete a la cama y duérmete. Anabel le dio un beso a su abuela y se fue a la cama.

Por la mañana se despertó y corrió por la escalera al escuchar voces en la cocina.

¡Buenos días!, eras la que faltabas por levantarte, ¿quieres que abramos los regalos?

Se reunieron alrededor del árbol y empezaron a repartirlos.

-Este para el abuelo, este para mamá..., y así fueron abriendo todos los regalos, hasta que quedó uno que nadie reconocía.

-¿Este regalo es para ti, abuela?

-No, cielo.

-¿Y para ti, mamá?

-No, cariño.

Era una caja rectangular, envuelta con un hermoso papel de colores y un gran lazo. No traía nombre.

Anabel se acercó despacio al árbol se agachó y con suavidad recogió el paquete.

Los abuelos y su madre se miraron entre sí, ya que ninguno sabía de dónde había salido ese regalo.

Anabel lo desenvolvió con mucho cuidado y al abrirlo vio unos hermosos zapatos rojos, justo los que ella quería. Se puso loca de contenta, abrazó a sus abuelos y a su madre y se fue a su habitación a probárselos.

-¡¿Cómo es posible?! Repetía su madre, ¿no habéis sido vosotros?

-No, repetían los abuelos, nosotros ni siquiera sabíamos que quería esos zapatos.

Su madre cogió la caja del suelo (ya que Anabel se había llevado solo los zapatos), miró en su interior y en el fondo de la caja había un papel que ponía:

-Una promesa hay que cumplirla, ahora sé que serás feliz mi niña. Feliz Navidad.